

Si los nombres denominan a las cosas, esto ya no es lo que era. La profesión

If names call things, this is no longer what it was. The profession

José-Antonio Moreiro-González

Moreiro-González, José-Antonio (2019). "Si los nombres denominan a las cosas, esto ya no es lo que era. La profesión". *Anuario ThinkEPI*, v. 13, e13a01.

<https://doi.org/10.3145/thinkepi.2019.e13a01>

Publicado en *IweTel* el 2 de septiembre de 2019

José-Antonio Moreiro-González

<http://orcid.org/0000-0002-8827-158X>

Universidad Carlos III de Madrid
C/ Madrid, 126. 28903 Getafe (Madrid)
jamore@bib.uc3m.es



Resumen: Desde una breve valoración histórica de la actividad técnica documental, se comentan algunas de las consecuencias del ambiente digital en la sociedad y en las profesiones de la información. Sin olvidar los efectos de carácter general derivados de la evolución digital, se reflexiona sobre la capacitación de los profesionales para dar respuesta a las exigencias actuales mediante unas competencias adecuadas, que se adquieren y actualizan con una formación diferente que está buscando su identidad.

Palabras-clave: Transformación digital; Habilidades; Profesionales de la información; Tareas profesionales; Formación.

Abstract: From a brief historical appreciation of the technical activity in the information sciences, some of the consequences that the digital environment has caused in the society and in the information professions are discussed. Without forgetting the general effects of the digital evolution, we reflect on the training of professionals to respond to the current demands with appropriate skills, which are acquired and updated through a different kind of training that still seeks its identity.

Keywords: Digital transformation; Skills; Information professionals; Professional duties; Information education; Training.

1. Introducción¹

No resulta gratuito empezar considerando la profunda evolución por la que pasamos, cuyos efectos son comparables a los que se vivieron al expandirse el proceso industrializador. Con unas consecuencias para las relaciones sociales, el mercado laboral y la dinámica empresarial e institucional cuyo alcance todavía es difícil de valorar. Y mientras esto sucede, continuamos aplicando hábitos, normas y técnicas sobrepasadas, cuando ante la rapidez de los cambios hay que pensar en aceptar y alojar a una visita recién llegada, por más que, de entrada, pueda resultarnos extraña.

Las variaciones en los empleos, en el tratamiento **técnico** y en la formación reflejan una realidad distinta que se designa y distingue con nombres y epítetos recién llegados. Si miramos hacia la información, la vemos atravesada por una serie de novedades que han tenido inmediato reflejo en los cambios

nominales y hasta en las posibles decepciones consecuentes a ellos. Nuestras profesiones recorren su transformación más rápida e intensa, hasta perfilarse desde un comportamiento y disposición heterogéneos. Mientras, la investigación se ha vuelto más innovadora, abierta e interdisciplinar que nunca. De modo que, potenciadas y exigidas ambas por el paso del dogma metafísico al dogma tecnológico, se han hecho **más complejas**. Aplicamos ahora otras competencias tanto para generar y difundir los recursos y servicios como para organizarlos y recuperarlos de forma semántica y asociativa. Esta actuación en sectores combinados y en procesos abiertos tiene que atenderse desde una formación diferente, por fuerza transdisciplinar, continua y múltiple.

Siempre fuimos curadores de la ignorancia, pero no lo sabíamos, tal vez nos creíamos menos. Y eso que nuestro recorrido profesional es prestigioso, extenso y meritorio. Pensemos que el conjunto de 282 leyes del *Código de Hammurabi* demuestra que el Derecho objetivo estaba fijado hace casi cuatro mil años. Aunque alguien lo tuvo que grabar y copiar para difundirlo y, en aquel entonces, hasta para descifrarlo. Quien lo hizo era de los nuestros. Nos han llamado archiveros (areópagos en Grecia, censores en Roma). Incluso en la Edad Media, con los visigodos, nos comprendían trabajando dentro del *thesaurus* -palabra espectacular en nuestra esfera de actividad- que designaba al lugar donde se conservaba la documentación identitaria, más tarde la chancillería. También, o más, nuestro nombre es el de bibliotecarios, en origen guardianes de las tablillas, por la relación inmediata de la escritura con las bibliotecas, la misma que con los archivos. Bibliotecas que en Mesopotamia se llamaban, con acierto poético y oportuna agudeza, Casas de la memoria, mientras que en la antigüedad egipcia eran las Moradas de la vida y en el clasicismo griego Botiquines para el alma.

De modo que nos situamos desde las primeras civilizaciones dentro de la casta de los transmisores de la información y notarios del poder. Honorable origen el de pertenecer a la estirpe que cuidaba de la sabiduría y del conocimiento. Desde el principio colaborábamos con otras actividades administrativas, intelectuales o culturales y ejecutábamos a la vez varios procesos. Éramos, pues, interdisciplinares y multitarea. En una organización social menos compleja ya éramos complejos, pues tanto fijábamos las normas jurídicas y el cobro de los impuestos para el fisco en las tablas de barro, soporte de la administración y de la civilización, como organizábamos su archivo y conservación. A la vez que asegurábamos la transmisión de las narraciones épicas y hacíamos copias de ellas. Y de los frutos de la erudición, de pensamiento, la poesía y la ciencia nacientes.

De modo que los nombres nos han dicho siempre lo que éramos y continúan situándonos en lo que somos. Y como hemos cumplido muchas funciones nos hemos llamado de muchas maneras. Pero siempre hemos hecho lo mismo: buscar, encontrar y servir los resultados de la creación intelectual, cultural y educativa. La misión no cambia a lo largo de los tiempos, pero sí, y mucho, el modo de hacerlo y la tecnología que manejamos para conseguirlo.

Existíamos, pues, como catalogadores y registradores ¿Quién cataloga y registra ahora?, ¿quién indiza? Y sobre todo ¿cómo se hace? ¿cuál es el cometido de la catalogación, de la indización y, por extensión, de la Información-Documentación en un entorno digital donde *Google* puede hallarlo casi todo, identificarlo y distribuirlo por doquier? Ese *Google* que se acerca, a pasos agigantados, hacia la disponibilidad universal que La Fontaine y Otlet soñaron hace un siglo cuando crearon el *Repertorio Bibliográfico Universal*. Tal como su nombre nos dice era una bibliografía general retrospectiva, si queremos la más amplia, pero de naturaleza aún secundaria, mientras que ahora, además, la disponibilidad universal llega hasta los originales. Por lo que *Google*, en su versión académica, está enfocado a encontrar de forma sencilla cualquier tipo de trabajo de investigación. Y lo hace en todas las disciplinas y recursos. Pero, incluso en este panorama, *Google* siguió lo que los bibliotecarios habían hecho siempre cuando atendían a las preguntas de los usuarios y las respondían con acierto y cuidada atención, por si fuera poco, sin incluir publicidad.

2. Profesión agitada en el entorno digital.

Desde que llegó, la transición digital ha afectado a todos los sectores económicos, al potenciar una mayor productividad en las industrias existentes y al abrir oportunidades de negocio y de mercado. En contraposición, en muchos casos esta gran transformación ha socavado las industrias establecidas tal como las conocíamos, pues pasar de los productos y servicios analógicos a los digitales ha supuesto desafíos y cambios fundamentales en los objetos que se producen, en el proceso de hacerlos y en el modo de distribuirlos. Si lo aplicamos, como ejemplo, a las editoriales, vemos que se han enfrentado a los retos tecnológicos derivados de internet para hacer libros digitales o para imprimir bajo demanda. Como en casi todos los procesos de información digital, también en este caso los lectores han impuesto sus preferencias. Incluso han pasado a generar parte de los contenidos, pues internet ha eliminado muchas de las barreras que antes impedían su publicación. De forma que se ha roto la cadena de dis-

tribución y de comercialización habituales, perdiendo en parte las editoriales su control de los autores y teniendo que buscar otras condiciones para su actividad. Por si fuera poco, las empresas informáticas las han condicionado con su software para editar y consultar los libros electrónicos. De modo que su actividad no puede entenderse sin el protagonismo de los usuarios y sin la intervención decisiva de las TIC.

Incidía en razones similares el informe *Formación, empleabilidad y nuevas profesiones en España* cuando destacaba en el 2016 “cómo los entornos digitales están haciendo que los perfiles profesionales requeridos por los distintos sectores productivos sean cada vez más polivalentes” y citaba los más demandados por las empresas. Confirmaba que atendemos a un conocimiento dispuesto en la Web. Lo que constituye, sin duda, el hecho crucial en el paso de la revolución industrial hacia la sociedad de la información. Los objetos que almacenan y procesan información acompañan hoy el trabajo, la vida familiar, el entretenimiento y la educación, pues el uso común de internet ha convertido a los propios usuarios en emisores permanentes e ilimitados en su número y expansión. Desde este marco, si a lo largo de la historia los hitos renovadores informativos tardaban siglos en producirse, ahora la brevedad de los lapsos de ruptura está causada por los avances acelerados de las tecnologías electrónicas.

La consecuencia para el trabajo es inmediata. Su transformación es muy rápida tanto por influjo de la aceleración de las etapas en la vida como por el desgaste veloz de los ciclos tecnológicos. En un momento en el que muchas de las tareas anteriores están a punto de desaparecer y, las que no, pasan por modificaciones radicales. Lo digital ha emergido fuera de los cauces de organización precedentes, por lo que, además, ha causado otras preocupaciones, como la desigualdad generada por los cambios tecnológicos y económicos al dividir las personas entre las que pueden acceder a las nuevas infraestructuras y servicios y quienes no alcanzan a hacerlo, con lo que se exponen a una evidente marginación económica y social y, desde luego, a desigualdad en el acceso al empleo.

A las obligadas respuestas profesionales a un ambiente digital que directamente favorece las subcontratas laborales a través de las aplicaciones móviles, de las plataformas digitales y de la globalización de los servicios y que, desde luego, son aplicables a la situación concreta de nuestro sector cuyas instituciones se ven desbordadas por la progresión de las actividades digitales, hay que añadir los efectos de una situación general en la que los trabajadores más jóvenes se ven afectados por la precariedad y la temporalidad de los contratos.

Todas esta incertidumbre se manifiesta con claridad al considerar una actuación profesional que exige otras competencias, pues la situación apremia a una adaptación exigente a quienes accedimos a los estudios y al oficio cuando estaban vigentes unos documentos más físicos y cuando las prácticas sobre ellos y la relación con los usuarios eran tan propias que nos distinguían con claridad de otros profesionales. Muchas de ellas hoy ya no funcionan. De nada vale que en alguna ocasión nos hayamos sentido desubicados y hayamos culpado del posible desfase al penúltimo avance tecnológico y no a la forma inapropiada de actuar ante una información que es otra en su naturaleza, comunicación y uso. Tanto profesionales como usuarios estamos muy afectados por un mundo en red que nos concede unas capacidades inusitadas, pero que exige para abordarlas unas competencias y destrezas distintas, pues se ha ocasionado una transformación tan extrema en los paradigmas y en las prácticas que podemos hablar de una cultura diferente en la producción y en el uso de la información, causa principal de que sigamos buscando nuestro lugar.

Pero la capacidad de comunicación ha ido más allá, pues tanto la gestión de los recursos, cuando ha habido dificultades económicas, como la aspiración al conocimiento abierto, se han afrontado desde una colaboración mayor, mediante el intercambio y el apoyo mutuo entre los colegas, eso sí, colegas heterogéneos en su especialización de procedencia y, más aún, en la de aplicación. De forma que el esfuerzo para estar conectados con quienes se integran en nuestros grupos de interés, también con los usuarios, es uno de los soportes del trabajo en equipo más allá de nuestro centro. La gestión de la información maneja conceptos complejos como la interoperabilidad, la integridad, la autenticidad, la

Tabla 1. Profesión afectada por el escenario digital.

¿Qué resulta distinto para los profesionales de la información?
Trabajo enlazado: cooperación e interactividad.
Servicios innovadores: agilidad y flexibilidad.
Perfiles laborales de carácter transversal.
Capacitación en competencias y habilidades digitales.
Ofertas de trabajo no exclusivas para profesionales de la información.
Actuación en todo tipo de empresas, instituciones y sectores de actividad.
Hibridación tanto en la formación de origen como en el campo de aplicación.

curaduría, el reconocimiento de la autoría o la preservación a largo plazo; dentro de nuevos espacios de colaboración y comunicación; desde políticas que penetran y ordenan sus flujos; y con servicios sin precedentes para satisfacer las nuevas demandas.

Con el paso rápido del tiempo técnico y la llegada continua de otras tareas, la profesión se va transformando de forma apresurada y continua. Tanto que para reconocerla hay que acudir en ocasiones al nombre genérico de cada una de las ramas y funciones tradicionales. Pues en nuestra área de actividad cada día cae una lluvia de nombres que nos sorprende, sin duda por superar lo que defendía **Wittgenstein** (1975): “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”. Por más que, a partir de nuestra perspectiva, de lo que se puede hablar, mejor es declararlo. Aunque coincidiremos con él en que nunca hay bastantes palabras para nombrar la realidad. De forma que hablar de una época de cambios no parece alcanzar a definir tantas incertidumbres. De nuevo hay que pensar que estamos ante un cambio de época.

Sirva de ejemplo la biblioteca universitaria, cuya labor de catalogación ha menguado y no emplea ya tanto tiempo en servir documentos a los usuarios. En ella se asiste a la disminución en las consultas cara a cara que anticipara el informe *Ithaka*, bien sea porque las tecnologías han ido reduciendo la cantidad de materiales impresos o porque la comunicación electrónica facilita los encuentros virtuales. Lejos de encogerse por estos hechos, se ha situado a la vanguardia entre las unidades de información para ofrecer y profundizar en otros servicios, que han ampliado su enfoque y proyección. Ha dedicado más tiempo y esfuerzo a facilitar cualquier tipo de préstamo y a responder de inmediato a las necesidades de los usuarios. Por ello proporciona servicios de metadatos y de datos de investigación. Se ha vuelto generadora de repositorios institucionales y encabeza la invitación e incitación a posibilitar las bases equitativas para que se dé el conocimiento abierto. Apoya la innovación docente y ella misma es docente iniciadora y renovadora en temas y en modos. Colabora en formar a los estudiantes para que sepan gestionar y aprovechar la información. Les ayuda en la elaboración de los trabajos finales de ciclo. Asesora a los profesores acerca de la evaluación de los resultados de su investigación, de su visibilidad y marca personal, de su identidad y reputación digital. En fin, ha agrandado su apoyo y promoción de las actividades universitarias de investigación y de formación y es determinante en el avance del conocimiento.

Como cualquier biblioteca, se adapta a las dimensiones de su realidad, la académica, desde la que cumple su misión en la sociedad. Y lo hace mejorando las tareas que siempre hizo, a partir de un potencial tecnológico y cooperativo que amplía su capacidad de servicio de forma extraordinaria. Comenzando por procurar una distribución más eficiente de las colecciones y sistemas, en un momento en el que aún colea la reducción de presupuestos para la adquisición de publicaciones. Desde luego, a partir de las colecciones y servicios digitales y de la preocupación por su conservación. Todo un desafío para enfrentar estas tareas mediante alianzas y socios con quienes compartir los esfuerzos para atender a las necesidades de unos usuarios con otros hábitos y otras habilidades.

Nada de esto se podría realizar sin contar con una mentalidad más abierta, atrevida y negociadora y sin la actualización permanente de los profesionales. Por más que, desde una mirada prospectiva, la necesidad del cambio es evidente, aunque también es humana la resistencia a cambiar ante servicios novedosos para nuevas necesidades que requieren autenticidad, integridad, interoperabilidad, reconocimiento de la autoría y preservación a largo plazo desde claras políticas a seguir en los flujos de colaboración y comunicación.

3. ¿Qué resulta distinto para los profesionales de la información?

Entre los perfiles digitales más demandados por las empresas el informe *Formación, empleabilidad y nuevas profesiones* destacaba en 2016 el de “analítica de datos”. Su implantación testimonia la rápida evolución de los contenidos de muchos de los nombres recién llegados, nombres que se especifican entre tantos nombres y que dejan a otros olvidados. Nombres que pueden cansar antes de entenderlos y de comprobar su consolidación. Pero que apellidan a los vecinos recién llegados y que atraen hacia tantas nuevas tareas del viejo oficio de alimentar el conocimiento. Tareas que también se han abordado en la profundidad temática, caracterización colaboradora y novedad metodológica de la investigación en nuestra área.

La primera evidencia es que los servicios de información están ahora enlazados, como veíamos al hablar de las bibliotecas universitarias. Este atributo facilita la cooperación con otras unidades, con usuarios y colegas conectados desde cualquier parte

“Es muy significativo que lo digital se atienda desde perfiles laborales de carácter transversal, igual que sucede con la investigación más pujante y renovadora”

del mundo y con los centros de estudio, investigación y negocio. Por ello, los sistemas de información se integran en el sector tecnológico entre los servicios más innovadores, lo que les obliga a ser ágiles y flexibles. Además, la interactividad facilita la participación de cuantos intervienen en los actos comunicativos. En especial de los usuarios, pues la brecha entre ellos y los recursos está desapareciendo al poder accederlos de forma directa y fácil. En una situación ajena a los cauces de organización precedentes.

Es muy significativo que lo digital se atienda desde perfiles laborales de carácter transversal, igual que sucede con la investigación más pujante y renovadora. Esta nueva realidad se demuestra en la solicitud de profesionales con competencias y habilidades que pueden transferirse a múltiples sectores. Profesionales que, más allá de trabajar en unidades de información autónomas, se encuadran en servicios de información de toda clase de organizaciones con presencia digital en sus objetos, procedimientos y gestión. Actuando, por tanto, en cualquier empresa, institución y sector de actividad. Esta premisa se acompaña de otra proposición para alcanzar el silogismo: los rasgos relacionados con los procesos digitales no se solicitan solo en ofertas destinadas a profesionales de ciencia de la información, sino en las de múltiples sectores. No debe de extrañarnos, pues nuestra actuación fue siempre interdisciplinar, con destrezas y habilidades sectoriales acordes con los aspectos cognitivos, culturales o sociales implicados en la organización en la que desarrollamos nuestra actividad. Lo que nos sitúa en medio de un mestizaje de áreas tanto respecto a la formación de proveniencia como a los ilimitados sectores de aplicación profesional.

Los perfiles cercanos a diferentes subsectores de la economía digital se han convertido en salidas habituales para los profesionales de la información, tanto en los que fueron reconvertidos como en otros de reciente creación. A atenderlos no sólo acuden quienes se han formado en información y documentación, lo que suele generar confusión respecto a los empleos a los que se debe aspirar. Muchos de los puestos, especialmente en el sector privado, no fijan diferencias con quienes provienen de otros ramos, en especial, de las titulaciones de informática, administración y

Tabla 2. Biblioteca universitaria: otras actividades, otros nombres.

Otras actividades de la biblioteca universitaria
Actualiza de continuo a sus profesionales
Asesora en evaluaciones, marca personal y reputación digital
Ayuda a elaborar trabajos finales de ciclo
Conserva y preserva los objetos digitales y cualquier tipo de documento
Crea y mantiene los repositorios institucionales
Distribuye mejor sus colecciones
Forma en técnicas de búsqueda y uso de la información
Incentiva y participa en la innovación docente
Mejora las tareas corrientes
Muestra una mentalidad cooperativa, comunicativa y correlativa
Organiza y facilita el acceso a los datos de investigación
Ofrece servicios de metadatos
Potencia el conocimiento abierto
Propone la innovación tecnológica

gestión, e incluso de comunicación o humanidades. Ante esto puede aflorar un cierto sentimiento de privación de funciones que se consideran propias. Pero nuestra mirada tiene que ser más amplia, pues las empresas e instituciones eligen a quienes ven más capacitados para atender a sus necesidades. Y ahí es donde hay que demostrar que lo estamos, como creo, con sinceridad, que así es.

Por más que la tecnología no puede monopolizar todas las competencias y el conocimiento requeridos. Es imposible hacer las cosas bien si no se conocen los fundamentos conceptuales de lo que se hace. La clave del éxito está en el correcto empleo de aquellas junto al dominio de los procedimientos y técnicas propias, para luego manejar con ventaja unas destrezas que son comunes a diferentes sectores de actividad. Esta concurrencia se debe a que el perfil muestra cada vez más un carácter híbrido, no estrictamente documental, pues se comparten características con profesionales formados o provenientes, en especial, de los ámbitos cercanos antes comentados.

4. Formación y profesión

El ajuste entre los planes de estudio y las necesidades de los centros de información y, más aún, de las empresas y servicios fue, precisamente, el objetivo más buscado cuando se elaboró el *Libro blanco* (Aneca, 2004), cuya ausencia se puede simbolizar en la escasez de competencias emergentes de carácter

digital y asociativo, sin duda integrantes de un perfil profesional complejo, multidimensional, mutable y de rápida caducidad. Pero esto no nos pasaba sólo aquí y a nosotros. Otros grados en ciencias sociales y en humanidades estaban atravesados en el momento de su implantación por la inseguridad y precariedad laborales y ofrecían muchas dudas sobre la adaptación de cada una de sus profesiones a un mundo laboral en revisión profunda. Si nos acercamos a las universidades de Estados Unidos vemos que la aparición de la comunidad conocida como *iSchools* surgió por la necesidad de dar sentido a la formación para un mundo de la información enlazado por internet, por lo que había que situarse donde confluían la información y la tecnología con las necesidades y el comportamiento de las personas. Desde sus comienzos, este movimiento realizó cambios cuyo paralelismo con las dos etapas comentadas muestra unas causas y unos efectos coincidentes. Por el primero de ellos se variaron los nombres de las titulaciones a modo de ruptura con la educación tradicional en biblioteconomía y documentación. Alterar las palabras reflejaba la intención de dejar atrás viejas ideas y de abordar con firmeza y precisión el espacio de la información digital en el que se posicionaba la realidad profesional. Por más que *Library and Information Science* continúe con todo su valor como denominación general de nuestras categorías académicas.

Es evidente que la profesión se tecnifica sin interrupción y que los planes de estudio deben reflejarlo, pero también que la tecnología avanza más rápido que lo hacen las organizaciones por lo que no se puede estar reaccionando con un afán revisor y reformador perpetuo, pero tampoco lo contrario. El equilibrio vuelve a darse a partir de establecer unos planes de estudio suficientes para que los graduados sean capaces de responder a los desafíos de los que hablamos.

Otra cuestión por resaltar es que los estudios han estado íntimamente vinculados a bibliotecas y archivos. Donde la irrupción de las tecnologías de la información ha provocado un tsunami en la forma de producir, buscar, gestionar y conservar información. La relación de los estudios con estos espacios tradicionalmente unidos a los documentos físicos y la popularización del acceso desde cualquier dispositivo ha podido provocar una percepción “antigua” de los estudios. Percepción en todo caso gratuita porque bibliotecas y archivos no sólo se han adaptado muy bien a estos tiempos, sino que, en muchos casos, están a la vanguardia de los nuevos estándares y servicios, e incluso los sugieren y potencian. Pero este hecho parece que no se ha valorado como se merece, pues no ha sido suficiente para atraer a los jóvenes, en principio, hacia nuestros estudios. Sin olvidar que cuando consideramos la estrecha dependencia tecnológica del tratamiento de la información tenemos siempre la sensación de que la universidad se retarda un poco. Tal vez tenga que ser así, que conceda la base y lo haga de la manera más actualizada posible, pero sin dejarse ir mucho porque el mundo de la tecnología se renueva con mucha rapidez.

“La profesión se tecnifica sin interrupción y los planes de estudio deben reflejarlo, pero la tecnología avanza más rápido que lo hacen las organizaciones. No se puede estar reaccionando con un afán revisor y reformador perpetuo, pero tampoco lo contrario”

5. Punto y aparte.

Las novedades por las que camina nuestro sector se reflejan en los nombres con los que llamamos a nuestras funciones y tareas, a las técnicas y tecnologías que aplicamos. Este recorrido apresurado ha considerado que la ciencia de la información, como conceptualización general engloba desde los años 60 las diferentes ramas de actividad profesional, investigadora y formativa. Pero, por razones evolutivas, culturales o sectoriales, muy especialmente en nuestro caso, su marca no ha cuajado. ¿Qué respuesta obtenemos al plantearle a un médico pediatra si su especialidad está dentro de la tecnologías que conforman la medicina?, ¿Duda un estudiante de Derecho de que las asignaturas Historia del derecho, Derecho tributario o Derecho laboral pertenecen al grado en Derecho y que al acabar los estudios se convierte en un jurista? Pues no sucede igual en nuestro caso, por lo que nos situamos en lo que decía **García-Calvo** (1989), pero para todo lo contrario. Pues a nuestra actividad la conocemos o la hemos conocido a través de muchos nombres. Tal vez porque hemos sido más activos e inquietos que estáticos y conformistas, no nos ha preocupado estabilizar nuestra identidad nominal. Pero esto da pie a muchas confusiones y hasta perjuicios.

Todo un desafío para responder a las exigencias que la profunda renovación digital y tecnológica plantea al mundo de la información en adaptación a un paisaje laboral abierto, donde los criterios para cualquier toma de decisión respecto a la formación correcta han de responder a las demandas que la sociedad, las instituciones y las empresas hacen. Sin olvidar nunca que los padres no nos perdonarían

que formásemos a sus hijos lejos de las tendencias, requisitos y competencias que la sociedad reclama. Tampoco nos puede resultar ajeno reivindicar la imagen y la defensa de los intereses profesionales, cuando en creciente dedicación se trabaja en organizaciones globalizadas y en centros en los que coinciden compañías de varios sectores, que sitúa los puestos de trabajo en un contexto diluido e individualista, pese a la alta valoración que merecen las aptitudes para trabajar en grupo.

Junto a la situación laboral y la crisis económica, la transformación digital sumó sus incertidumbres al modelo de formación a seguir. Aunque se veía siempre una luz al fondo del túnel, pues los pasos dados con acierto suponían invertir en el mundo que viene y, desde luego, afianzar la que siempre fue nuestra casa. Por más que, incluso en esta, ni desde los objetos de información, ni desde las nubes que los albergan se puede diferenciar el tratamiento que les damos, pues a todos los iguala su inmaterialidad y la forma en la que se guardan y distribuyen.

Desde que se fijaron mediante la escritura, los mensajes superaron las barreras constituidas por el espacio y el tiempo. Para fijarlos, conservarlos y consultarlos se necesitó el concurso de las primeras tecnologías del conocimiento. Hoy pueden parecer primitivas, pero fueron tan avanzadas como lo son para nosotros las tecnologías actuales.

En fin, que las alteraciones habidas han llevado a un modelo económico y social que se ha reflejado de inmediato en los centros en los que desarrollamos nuestras actividades, modelo que resulta muy distinto de aquel en el que empezábamos nuestra andadura como titulación universitaria. Como dice el lema de una institución financiera: “Lo único que nunca cambia es la necesidad de cambiar”. Para atender a este entorno, los centros universitarios redoblan la ilusión, la colaboración y la cooperación entre sí y con el mundo laboral pues, pese a tantas alteraciones, preparan para una profesión ilusionante, ambiciosa y dinámica. Vivimos con vigilancia la oportunidad y la conveniencia de formar a los actuales y futuros profesionales en las competencias digitales a desarrollar en los más variados contextos de actuación.

En gran parte de las actividades atendidas ni siquiera permanecen los nombres anteriores, ni para referirse a las técnicas, ni a las ocupaciones. Aunque, si escarbamos un poco, siempre hubo un precedente funcional en las obras que nuestros oficios protagonizaron a lo largo de la historia. Y que, llegados aquí, se describen mejor con verbos que con sustantivos, pues son más activos a la hora de mostrar la diligencia, eficacia y operatividad con que algo se realiza. Por lo que estas últimas proposiciones abundan más en predicados que en nombres, una contradicción más en el hilo de este discurso. Puede deberse a que, en cualquiera de nuestras denominaciones tan diversas, siempre estuvimos para ayudar a vivir mejor a los demás. Es así porque atendemos, apoyamos y mejoramos la formación de los niños y de los jóvenes; acogemos a los mayores, entretenemos y vivificamos su mente mientras evitamos su soledad; o acarreamos la regadera cultural y el abono patrimonial en las más dispares comunidades humanas. Somos asesores y consultores de información que, para cimentar el avance del conocimiento, nos situamos al lado de los que investigan, proyectan y descubren. Les suministramos información, nos encargamos de custodiar sus archivos y la información que usan y generan, gestionamos sus proyectos y distribuimos sus datos, cuyo derecho de acceso y uso marcamos. También con quienes trabajan en la industria de los contenidos. Administramos los productos y los procesos informativos derivados de sus actividades. Mientras favorecemos y estimulamos la enseñanza media y superior **y soñamos con hacerlo en la primaria**; generamos y distribuimos recursos educativos, principalmente abiertos, y, desde luego, atendemos a que quienes los reciben actúen con ética en el uso de la información y en los valores sociales y humanos. Lo que supone promover su ascenso cognitivo, sin olvidarnos del ascenso social en tantos contextos. También lo somos cuando distribuimos los objetos de información tras analizar los datos para conocer lo que quieren los usuarios, por lo que somos especialistas en su experiencia. Y les damos las soluciones de información personalizadas dentro de la oferta de servicios y aplicaciones a través del marketing digital.

Fomentamos el tránsito de ideas que conceden argumentos para la igualdad, para los ejemplos de vida y para las aspiraciones de paz, por lo que siempre estuvimos cerca de ser gestores de comunidades. Por fuerza abiertos, metódicos y competentes al dar el correcto servicio en las unidades y centros. No puede ser de otra forma cuando se ha trabajado con la inteligencia acumulada durante generaciones. Lo que, en la incertidumbre de estos

“Tal vez porque hemos sido más activos e inquietos que estáticos y conformistas, no nos ha preocupado estabilizar nuestra identidad nominal”

“Somos asesores y consultores de información que, para cimentar el avance del conocimiento, nos situamos al lado de los que investigan, proyectan y descubren”

tiempos, debe de hacernos valorar más el orgullo de haber estado que la tristeza de que muchas de nuestras actividades e incluso de sus nombres se hayan ido.

Y todo ello sin perder el rigor que ya empleaban los guardianes de las tablillas, los primeros “curadores” encargados de preservarlas. Ni el encanto y la poesía que suscitan las evocadoras Casas de la Memoria y de la buena vida. Sin olvidar la energía, robustez y vigor ofrecidos por quienes hacen de enfermeros en los convenientes *almacenes* que cuidan las saludes del espíritu, de las ideas y del saber, como hacían los griegos en los botiquines para el alma que les permitió ser maestros en el progreso intelectual.

6. Nota

1. Texto elaborado a partir de la conferencia de clausura de *Edicic 2019* y de apertura de *ISKO 2019*, Universidad de Barcelona, 11/07/2019.

Bibliografía mínima

Abadal, Ernest; Borrego, Ángel; Serra-Pérez, Rafael (2012). “Mercado laboral de profesionales de la información: evolución de la oferta y de los perfiles ocupacionales”. *BiD: textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, n. 29.

<http://bid.ub.edu/29/pdf/abadal2.pdf>

Aneca (2004). *Libro blanco. Título de grado en Información y Documentación*. Madrid: ANECA.

http://www.aneca.es/var/media/150424/libroblanco_jun05_documentacion.pdf

Asociación española de la economía digital (2016). *Formación, empleabilidad y nuevas profesiones en España*. Madrid: Adigital.

Ayuso-García, María-Dolores (1998). *Conceptos fundamentales de la teoría de la Documentación y estudio terminológico del Tratado de Documentación de Paul Otlet*. Murcia: Diego Marín.

Cronin, Blaise (1998). “Information professionals in the digital age”. *The international information & library review*, v. 30, n. 1, pp. 37-50.

<https://doi.org/10.1006/iilr.1998.0082>

García-Calvo, Agustín (1989). *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje*. Zamora: Lucina.

Merlo-Vega, José-Antonio; Gómez-Hernández, José Antonio; Hernández-Sánchez, Hilario (2011). *Estudio Fesabid sobre los profesionales de la información: prospectiva de una profesión en constante evolución*. Madrid: Fesabid.

<http://eprints.rclis.org/18057>

Moreiro-González, José-Antonio; Paletta, Francisco-Carlos (2019). “Competencias y destrezas para la actuación profesional en ambientes digitales en ciencia de la información”. *Informação & sociedade: Estudos*, v. 29, n. 2, pp. 181-200.

<http://periodicos.ufpb.br/ojs2/index.php/ies/article/view/45203/pdf>

Tejada-Artigas, Carlos-Miguel; Chacón-Jarén, Sandra; Moreiro-González, José-Antonio (2014). “Mercado de trabajo en información y documentación y crisis económica en España: una aproximación a partir de las ofertas publicadas en IweTel entre 2008 y 2013”. *BiD: textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, n. 32.

<http://bid.ub.edu/es/32/tejada2.htm>

Wittgenstein, Ludwig (1975). *Tractatus Logico-Philosophicus*. 14ª ed. Madrid: Alianza Universidad.

José-Antonio Moreiro-González

Universidad Carlos III de Madrid

jamore@bib.uc3m.es